COMEDIA FAMOSA.

EL PRINCIPE CONSTANTE.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Fernando, Principe.
Don Enrique, Principe.
Don Juan Coutiño.
Alfonso, Rey de Portugal.
Brito, gracioso.
Fenix, Infanta.
Rosa.
Zara.
Estrella.
Zelima.
El Rey de Fez, viejo.
Muley, General.
Tarudante, Rey de Marruecos.
Soldados. 3. Cautivos.

JORNADA PRIMERA.

Salen los cautivos cantando lo que quisieren, y Zara.

Zar. CAntad aqui, que ha gustado,
mientras toma de vestir
Fenix hermosa, de oir
las canciones, que ha escuchado
tal vez en los baños, llenas
de dolor y sentimiento.
Caut. 1. Musica, cuyo instrumento
son los hierros y cadenas,
que nos aprisionan, puede
haberla alegrado? *Zar.* Sí,
ella escucha, desde aqui
cantad.
Caut. 2. Esa pena excede,
Zara hermosa, á quantas son,
pues solo un rudo animal,
sin discurso racional,
canta alegre en la prision.
Zar. No cantais vosotros? *Caut.* 3. Es
para divertir las penas
propias, mas no las agenas.
Zar. Ella escucha, cantad pues.
Cantan. Al peso de los años
lo eminente se rinde,
que á lo facil del tiempo
no hay conquista dificil.

Sale Rosa.

Ros. Despejad, cautivos; dad
á vuestras canciones fin,
porque sale á este jardin
Fenix á dar vanidad
al campo con su hermosura,
segunda aurora del prado.

Vanse los cautivos, y salen las moras vistiendo á Fenix.

Estr. Hermosa te has levantado.
Zar. No blasone el alba pura,
que la debe este jardin
la luz, ni fragrancia hermosa,
ni la purpura la rosa,
ni la blancura el jazmin.
Fen. El espejo. *Estr.* Es escusado
querer consultar con él
los borrones, que el pincel
sobre la tez no ha dexado.

Danle un espejo.

Fen. De qué sirve la hermosura,
(quando lo fuese la mia)
si me falta la alegria?
si me falta la ventura?
Zel. Qué sientes?

Fen. Si yo supiera,
ay Zelima, lo que siento,
de mi mismo sentimiento
lisonja al dolor hiciera;
pero de la pena mia
no sé la naturaleza,
que entonces fuera tristeza
lo que hoy es melancolia.
Solo sé que sé sentir,
lo que sé sentir no sé,
que ilusion del alma fue.
Zar. Pues no pueden divertir
tu tristeza estos jardines,
que á la primavera hermosa
labran estatuas de rosa
sobre templos de jazmines,
hazte al mar, un barco sea
dorado carro del sol.
Ros. Y quando tanto arrebol
entrar por sus ondas vea,
con grande melancolia
el jardin al mar dirá:
Ya el sol en su centro está,
muy breve ha sido este dia.
Fen. Pues no me puede alegrar,
formando sombras y lejos
la emulacion, que en reflexos
tienen la tierra y el mar;
quando con grandezas sumas
compiten entre esplendores
las espumas á las flores,
las flores á las espumas.
Porque el jardin, envidioso
de ver las ondas del mar,
su curso quiere imitar;
y asi, el zefiro amoroso
matices rinde y olores,
que, soplando, en ellas bebe,
y hacen las hojas que mueve
un oceano de flores;
quando el mar, triste de ver
la natural compostura
del jardin, tambien procura
adornar y componer
su playa, la pompa pierde,
y á segunda ley sujeto,
compite con dulce efecto
campo azul, y golfo verde;
siendo, ya con rizas plumas,
ya con mezclados colores,
el jardin un mar de flores,
y el mar un jardin de espumas.
Sin duda mi pena es mucha,
no la pueden lisonjear
campo, cielo, tierra y mar.
Zar. Gran pena contigo lucha.

Sale el Rey con un retrato.

Rey. Si acaso permite el mal,
quartana de tu belleza,
dar treguas á tu tristeza,
este bello original,
que no es retrato el que tiene
alma y vida, es del Infante
de Marruecos, Tarudante,
que á rendir á tus pies viene
su corona, Embaxador
es de su parte, y no dudo
que Embaxador que habla mudo,
trae embaxadas de amor:
favor en su amparo tengo,
diez mil ginetes alista
que enviar á la conquista
de Ceuta, que ya prevengo:
dé la verguenza esta vez
licencia, permite amar
á quien se ha de coronar
Rey de tu hermosura en Fez.
Fen. Valgame Alá! *Rey.* Qué rigor
te suspende de esa suerte?
Fen. La sentencia de mi muerte.
Rey. Qué es lo que dices?
Fen. Señor,
si sabes que siempre has sido
mi dueño, mi padre y rey,
qué he de decir? ay Muley, *ap.*
grande ocasion has perdido.
El silencio (ay infelice!)
hace mi humildad inmensa:
miente el alma, si lo piensa, *ap.*
miente la voz, si lo dice.
Rey. Toma el retrato.
Fen. Forzada, *ap.*
la mano le tomará,
pero el alma no podrá.

Disparan una pieza.

Zar. Esta salva es á la entrada
de Muley, que hoy ha surgido
del mar de Fez. *Rey.* Justa es.

Sale Muley con baston de General.

Mul. Dame, gran señor, los pies.

Rey. Muley, seas bien venido.
Mul. Quien penetra el arrebol
de tan soberana esfera,
y á quien en el puerto espera,
tal aurora, hija del sol,
fuerza es que venga con bien;
dame, señora, la mano,
que este favor soberano
puede mereceros quien
con amor, lealtad y fe
nuevos triunfos te previene,
y fue á serviros, y viene
tan amante como fue.
Fen. Valgame el cielo, qué haré?
Tu, Muley, (estoy mortal)
vengas con bien. *Mul.* No con mal *ap.*
será, si á mis ojos creo.
Rey. En fin, Muley, qué hay del mar?
Mul. Hoy tu sufrimiento pruebas,
de pesar te traygo nuevas,
porque ya todo es pesar.
Rey. Pues quanto supieres di,
que en un animo constante
siempre se halla igual semblante
para el bien y el mal; aqui
te sienta, Fenix. *Fen.* Si haré.
Rey. Todas os sentad: prosigue,
y nada á callar te obligue.
Sientanse el Rey y las damas.
Mul. Ni hablar, ni callar podré.
Salí, como me mandaste,
con dos galeazas solas,
gran señor, á recorrer
de Berberia las costas.
Fue tu intento, que llegase
á aquella Ciudad famosa,
llamada en un tiempo Elisa,
aquella que está á la boca
del Preto Eurelio fundada,
y de Ceydo nombre toma,
que Ceydo, Ceuta, en hebreo,
vuelto en el arabe idioma,
quiere decir, hermosura,
y ella es Ciudad siempre hermosa:
aquella, pues, que los cielos
quitaron á tu corona,
quizá por justos enojos
del gran Profeta Mahoma;
y en oprobrio de las armas
nuestras miramos ahora
que pendones Portugueses
en sus torres se enarbolan,
teniendo siempre á los ojos
un padrastro que baldona
nuestros aplausos, un freno
que nuestro orgullo reporta,
un caucaso que detiene
al nilo de tus victorias
la corriente, y puesta en medio
el paso á España le estorba.
Iba con ordenes, pues,
de mirar é inquirir todas
sus fuerzas, para decirte
la disposicion y forma
que hoy tiene, y como podrás
á menos peligro y costa
emprender la guerra, el cielo
te conceda la victoria,
con esta restitucion;
aunque la dilate ahora
mayor desdicha, pues creo
que está su empresa dudosa,
y con mas necesidad
te está apellidando otra:
pues las armas prevenidas
para la gran Ceuta, importa
que sobre Tanger acudan,
porque amenazada llora
de igual pena, igual desdicha,
igual ruina, igual congoja:
yo lo sé, porque en el mar
una mañana, á la hora
que medio dormido el sol,
atropellando las sombras
del ocaso, desmaraña
sobre jazmines y rosas
rubios cabellos, que enxuga
con paños de oro á la aurora
lagrimas de fuego y nieve,
que el sol convirtió en aljofar,
que á largo trecho del agua
venia una gruesa tropa
de naves, si bien entonces
no pudo la vista absorta
determinarse á decir
si eran naos, ó si eran rocas,
porque como en los matices
sutiles pinceles logran
unos visos, unos lejos,
que en prespectiva dudosa,

 pa-

parecen montes tal vez,
y tal ciudades famosas,
porque la distancia siempre
monstruos imposibles forma;
asi en paises azules
hicieron luces y sombras,
confundiendo mar y cielo
con las nubes y las ondas
mil engaños á la vista,
pues ella entonces curiosa,
solo percibió los bultos,
y no distinguió las formas.
Primero nos pareció,
viendo que sus puntas tocan
con el cielo, que eran nubes
de las que á la mar se arrojan
á concebir en zafir
lluvias, que en cristal abortan;
y fue bien pensado, pues
esta innumerable copia
pareció que pretendia
sorberse el mar gota á gota.
Luego de marinos monstruos
nos pareció errante copia,
que á acompañar á Neptuno
salian de sus alcobas;
pues sacudiendo las velas,
que son del viento lisonja,
pensamos que sacudian
las alas sobre las olas.
Ya parecia mas cerca
una inmensa Babilonia,
de quien los pensiles fueron
flamulas que el viento azotan:
pero ya desengañada
la vista, mejor se informa
de que era armada, pues vió
á los sulcos de las proas,
quando batidas espumas
ya se encrespan, ya se entorchan,
rizarse montes de plata,
de cristal cuajarse rocas.
Yo que vi tanto enemigo,
volví á su rigor la proa,
que tambien saber huir
es linage de victoria:
y asi, como mas experto
en estos mares, la boca
tomé en una cala, adonde
al abrigo y á la sombra
de dos montecillos, pude
resistir la poderosa
furia de tan gran poder,
que mar, cielo y tierra asombra.
Pasan sin vernos, y yo
deseoso (quien lo ignora?)
de saber donde seguia
esta armada su derrota,
á la campaña del mar
salí otra vez, donde logra
el cielo mis esperanzas,
en esta ocasion dichosas;
pues ví que de aquella armada
se habia quedado sola
una nave, y que en el mar
mal defendida zozobra,
porque, segun despues supe,
de una tormenta que todas
corrieron, habia salido
desecha, rendida y rota:
y asi, llena de agua estaba,
sin que bastasen las bombas
á agotarla, y titubeando,
ya á aquella parte, ya á estotra,
estaba á cada vayven
si se ahoga ó no se ahoga.
Lleguá á ella, y aunque moro,
les dí alivio en sus congojas,
que el tener en las desdichas
compañia, de tal forma
consuela, que el enemigo
suele servir de lisonja.
El deseo de vivir
tanto á algunos les provoca,
que haciendo ansiosos escalas
de gumeras y maromas,
á la prision se vinieron;
si bien, otros les baldonan,
diciendoles, que el vivir
eterno, es vivir con honra:
y aun asi se resistieron:
portuguesa, vanagloria.
De los que salieron, uno
muy por extenso me informa;
dice, pues, que aquella armada
ha salido de Lisboa
para Tanger, y que viene
á sitiarla, con heroyca
determinacion, que veas
en sus almenas famosas

las quinas que ves en Ceuta,
cada vez que el sol se asoma.
Duarte de Portugal,
cuya fama vencedora
ha de volar con las plumas
de las aguiles de Roma,
envia á sus dos hermanos
Enrique y Fernando, gloria
deste siglo, que los mira
coronados de victorias,
Maestres de Christo y de Avis
son, los dos pechos adornan
cruces de perfiles blancos,
una verde, y otra roxa.
Catorce mil portugueses
son, gran señor, los que cobran
sus sueldos, sin los que vienen
sirviendolos á su costa.
Mil son los fuertes caballos,
que la soberbia española
los vistió para ser tigres,
los calzó para ser onzas:
ya á Tanger habrán llegado,
y esta, señor, es la hora,
que si su arena no pisan,
al menos sus mares cortan.
Salgamos á defenderla,
tu mismo las armas toma,
baxe en tu valiente brazo
el azote de Mahoma,
y del libro de la muerte
desate la mejor hoja;
que quizá se cumple hoy
una profecia heroyca
de Morabitos, que dicen
que en la margen arenosa
del Africa ha de tener
la portuguesa corona
sepulcro infeliz, y vean
que aquesta cuchilla corva
campañas verdes y azules
volvió con su sangre roxas.

Rey. Calla, no me digas mas,
que de mortal furia lleno,
cada voz es un veneno
con que la muerte me das.
Yo á sus brios arrogantes
haré que en Africa tengan
sepulcro, aunque armados vengan
sus Maestres los Infantes.
Tu, Muley, con los ginetes
de la costa parte luego,
mientras yo en tu amparo llego;
que si, como me prometes,
en escaramuzas diestras
le ocupas, porque tan presto
no tomen tierra, y en esto
la sangre heredada muestras;
yo tan veloz llegaré,
como tu, con lo restante
del exercito arrogante,
que en ese campo se ve:
y asi, la sangre concluya
tantos duelos en un dia,
porque Ceuta ha de ser mia,
y Tanger no ha de ser suya. *Vase.*

Mul. Aunque de paso, no quiero
dexar, Fenix, de decir,
ya que tengo de morir,
la enfermedad de que muero;
que aunque pierdan mis rezelos
el respeto á tu opinion,
si zelos mis penas son,
ninguno es cortés con zelos.
Qué retrato (ay enemiga!)
en tu blanca mano ví?
quien es el dichoso, di?
quien? mas espera, no diga
tu lengua tales agravios:
basta, sin saber quien sea,
que yo en tu mano le vea,
sin que le escuche en tus labios.

Fen. Muley, aunque mi deseo
licencia de amar te dió,
de ofender y injuriar no.

Mul. Es verdad, Fenix, ya veo
que no es estilo, ni modo
de hablarte; pero los cielos
saben, que en habiendo zelos,
se pierde el respeto á todo.
Con grande recato y miedo
te serví, quise y amé;
mas si con amor callé,
con zelos, Fenix, no puedo,
no puedo. *Fen.* No ha merecido
tu culpa satisfaccion,
pero yo por mi opinion
satisfacerte he querido,
que un agravio entre los dos
disculpa tiene; y asi,

te la doy.

Mul. Pues hayla? *Fen.* Si.

Mul. Buenas nuevas te dé Dios.

Fen. Este retrato ha enviado.

Mul. Quien?

Fen. Tarudante el Infante.

Mul. Para qué?

Fen. Porque ignorante
mi padre de mi cuidado.

Mul. Bien. *Fen.* Pretende, que estos dos
Reynos. *Mul.* No me digas mas:
Esa disculpa me das?
malas nuevas te dé Dios.

Fen. Pues qué culpa habré tenido
de que mi padre lo trate?

Mul. De haber hoy, aunque te mate,
el retrato recibido.

Fen. Pude escusarlo?

Mul. Pues no?

Fen. Cómo? *Mul.* Otra cosa fingir.

Fen. Pues qué pude hacer?

Mul. Morir,
que por ti lo hiciera yo.

Fen. Fue fuerza.

Mul. Mas fue mudanza.

Fen. Fue violencia.

Mul. No hay violencia.

Fen. Pues qué pudo ser?

Mul. Mi ausencia,
sepulcro de mi esperanza;
y para no asegurarme
de que te puedes mudar,
ya me vuelvo yo á ausentar,
vuelve, Fenix, á matarme.

Fen. Forzosa es la ausencia, parte.

Mul. Ya lo está el alma primero.

Fen. A Tanger, que en Fez te espero,
donde acabes de quejarte.

Mul. Si haré, si mi mal dilato.

Fen. A Dios, que es fuerza el partir.

Mul. Oye: al fin me dexas ir
sin entregarme el retrato?

Fen. Por el Rey no le he deshecho.

Mul. Suelta, que no será en vano,
que saque yo de tu mano
á quien me saca del pecho. *Vanse.*

Tocan un clarin, hay ruido de desembarco, y van saliendo D. Fernando, D. Enrique, D. Juan Coutiño y Soldados.

Fer. Yo he de ser el primero, Africa bella,
que he de pisar tu margen arenosa,
porque oprimida al peso de mi huella,
sientas en tu cerviz la poderosa
fuerza que ha de rendirte.

Enr. Yo en el suelo
Africano la planta generosa
el segundo pondré: valgame el cielo!
Cae.
hasta aqui los agueros me han seguido.

Fer. Pierde, Enrique, á esas cosas el rezelo,
porque el caer ahora, antes ha sido,
que ya, como á señor, la misma tierra
los brazos en albricias te ha pedido.

Enr. Desierta esta campaña y esta sierra
los alarbes, al vernos, han dexado.

Juan. Tanger las puertas de sus muros cierra.

Fer. Todos se han retirado á su sagrado:
Don Juan Coutiño, Conde de Miralva,
reconoced la tierra con cuidado,
antes que el sol, reconociendo el alba,
con mas furia nos hiera y nos ofenda,
haced á la Ciudad la primer salva,
decid que defenderse no pretenda,
porque la he de ganar á sangre y fuego,
que el campo inunde, el edificio encienda.

Juan. Tu verás que á sus mismas puertas llego,
aunque volcan de llamas y de rayos
le dexe al sol con pardas nubes ciego.
Vase, y sale Brito.

Brit. Gracias á Dios, que Abriles piso y Mayos,
y en la tierra me voy por donde quiero
sin sustos, sin vayvenes, ni desmayos;
y no en el mar, donde si primero
no se consulta un monstruo de madera,
que es juez de palo, en fin, el mas ligero,
no se puede escapar de una carrera
en el mayor peligro: ha tierra mia!
no muera en agua yo, como no muera
tampoco en tierra hasta el postrero dia.

Enr. Qué escuches este loco!

Fern. Y que tu pena,
sin razon, sin arbitrio y sin consuelo,
tanto de ti te priva y te divierte!

Enr. El alma traygo de temores llena,

echa-

echada juzgo contra mi la suerte,
desde que de Lisboa, al salir solo,
imagenes he visto de la muerte;
apenas, pues, al Berberisco polo
prevenimos los dos esta jornada,
quando de un parasismo el mismo Apolo,
amortajado en nubes, la dorada
faz escondió, y el mar sañudo y fiero
deshizo con tormentas nuestra armada:
si miro al mar, mil sombras considero;
si al cielo miro, sangre me parece
su velo azul; si al ayre lisonjero,
aves nocturnas son las que me ofrece;
si á la tierra, sepulcros representa,
donde misero cayga yo, y tropieze.

Fer. Pues descifrarte aqui mi amor intenta
causa de un melancolico accidente:
Sorbernos una nave una tormenta,
es decirnos, que sobra aquella gente
para ganar la empresa á que venimos:
verter purpura el cielo transparente,
es gala, no es horror, que si fingimos
monstruos al agua, y paxaros al viento,
nosotros hasta aqui no los traximos;
pues si ellos aqui estan, no es argumento,
que á la tierra que habitan inhumanos
pronostican el fin fiero y sangriento?
Esos agueros viles, miedos vanos,
para los Moros vienen, que los crean,
no para que los duden los Christianos,
nosotros dos lo somos, no se emplean
nuestras armas aqui por vanagloria
de que en los libros inmortales lean
ojos humanos esta gran victoria,
la fe de Dios á engrandecer venimos,
suyo será el honor, suya la gloria,
si vivimos dichosos, pues morimos;
el castigo de Dios justo es temerle,
este no viene envuelto en miedos vanos,
á servirle venimos, no á ofenderle,
Christianos sois, haced como Christianos.
Pero qué es esto?

Sale Don Juan.

Juan. Señor,
yendo al muro á obedecerte,
á la falda de ese monte
ví una tropa de ginetes,
que de la parte de Fez
corriendo á esta parte vienen
tan veloces, que á la vista
aves, no brutos, parecen;
el viento no los sustenta,
la tierra apenas lo siente;
y asi la tierra, ni el ayre
saben si corren ó vuelen.

Fern. Salgamos á recibirlos,
haciendo primero frente
los arcabuceros, luego
los que caballos tuvieren
salgan tambien á su usanza,
con lanzas y con arneses.
Ea, Enrique, buen principio
esta ocasion nos ofrece,
animo. *Enr.* Tu hermano soy,
no me espantan accidentes
del tiempo, ni me espantára
el semblante de la muerte. *Vanse.*

Brit. El quartel de la salud
me toca á mi guardar siempre:
ó qué brava escaramuza!
ya se embisten, ya acometen,
famoso juego de cañas,
ponerme en cobro conviene.

Vase, y tocan al arma, salen peleando Don Juan, y Don Enrique con los Moros.

Enr. A ellos, que ya los Moros
vencidos la espalda vuelven.

Juan. Llenos de despojos quedan
de caballos y de gentes
estos campos. *Enr.* Don Fernando
donde está, que no parece?

Juan. Tanto se ha empeñado en ellos,
que ya de vista se pierde.

Enr. Pues á buscarle, Coutiño.

Juan. Siempre á tu lado me tienes.

Vanse, y salen Don Fernando con la espada de Muley, y Muley con adarga sola.

Fern. En la desierta campaña,
que tumba comun parece
de cuerpos muertos, si ya
no es teatro de la muerte;
solo tu, Moro, has quedado,
porque rendida tu gente,
se retiró, y tu caballo,
que mares de sangre vierte,
envuelto en polvo y espuma,
que

que él mismo levanta y pierde,
te dexó para despojo
de mi brazo altivo y fuerte,
entre los sueltos caballos
de los vencidos ginetes.
Yo ufano con tal victoria,
que me ilustra y desvanece
mas, que el ver esta campaña
coronada de claveles;
pues es tanta la vertida
sangre con que se guarnece,
que la piedad de los ojos
fue tan grande, tan vehemente
de no ver siempre desdichas,
de no mirar ruinas siempre,
que por el campo buscaban
entre la roxo lo verde.
En efecto mi valor
sujetando tus valientes
brios, de tantos perdidos
un suelto caballo prende,
tan monstruo, que siendo hijo
del viento, adopcion pretende
del fuego, y entre los dos
lo desdice y lo desmiente
el color, pues siendo blanco,
dice el agua: Parto es este
de mi esfera, sola yo
pude cuajarle de nieve.
En fin, en lo veloz viento,
rayo, en fin, en lo eminente,
era por lo blanco cisne,
por lo sangriento era sierpe,
por lo hermoso era soberbio,
por lo atrevido valiente,
por los relinchos lozano,
y por las cernejas fuerte.
En la silla y en las ancas
puestos los dos juntamente,
mares de sangre rompimos,
por cuyas ondas crueles
este baxel animado,
hecho proa de la frente,
rompiendo el globo de nacar,
desde el codon al copete
pareció entre espuma y sangre,
ya que baxel quise hacerle,
de quatro espuelas herido,
que quatro vientos le mueven.
Rindióse al fin, si hubo peso
que tanto atlante oprimiese;
si bien el de las desdichas
hasta los brutos lo sienten,
ó ya fue que enternecido,
entre su instinto dixese:
Triste camina el alarbe,
y el español parte alegre,
luego hoy contra mi patria
soy traydor y soy aleve?
No quiero pasar de aqui,
y puesto que triste vienes
tanto, que aunque el corazon
disimula quanto puede,
por la boca y por los ojos,
volcanes que el pecho enciende,
ardientes suspiros lanza,
y tiernas lagrimas vierte.
Admirado mi valor
de ver, cada vez que vuelve,
que á un golpe de la fortuna
tanto se postre y sujete
tu valor, pienso que es otra
la causa que te entristece,
porque por la libertad
no era justo, ni decente,
que tan tiernamente llore,
quien tan duramente hiere.
Y asi, si el comunicar
los males, alivio ofrece
al sentimiento, entre tanto
que llegamos á mi gente,
mi deseo á tu cuidado,
si tanto favor merece,
con razones le pregunta
comedidas y corteses,
qué sientes? pues ya he creido
que el venir preso no sientes.
Comunicado el dolor,
se aplaca, si no se vence,
y yo que soy el que tuve
mas parte en este accidente
de la fortuna, tambien
quiero ser el que consuele
de tus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
Mul Valiente eres, español,
y cortés como valiente,
tambien vences con la lengua,
como con la espada vences:
tuya fue la vida, quando

con la espada entre mi gente
me venciste ; pero ahora
que con la lengua me prendes,
es tuya el alma , porque
alma y vida se confiesen
tuyas , de ambas eres dueño,
pues ya cruel , ya clemente,
por el trato y por las armas
me has cautivado dos veces.
Movido de la piedad
de oirme , español , y verme,
preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y aunque confieso que el ma
repetido y dicho suele
templarse , tambien confieso,
que quien le repite , quiere
aliviarse , y es mi mal
tan dueño de mis placeres,
que por no hacerles disgusto,
y que aliviado me dexe,
no quisiera repetirla;
mas ya es fuerza obedecerte,
y quierotela decir,
por quien soy , y por quien eres.
Sobrino del Rey de Fez
soy , mi nombre es Muley Xeque,
familia que ilustran tantos
Baxaes y Belerbeyes.
Tan hijo fui de desdichas
desde mi primer oriente,
que en el umbral de la vida
naci en brazos de la muerte:
una desierta campaña,
que fue sepulcro eminente
de españoles , fue mi cuna:
pues para que lo confieses,
en los Gelves naci el año,
que os perdistes en los Gelves.
A servir al Rey , mi tio,
vine Infante ; pues empiecen
las penas y las desdichas,
cesen las venturas , cesen.
Vine á Fez , y una hermosura,
á quien he adorado siempre,
junto á mi casa vivia,
porque mas cerca muriese:
Desde mis primeros años,
porque mas constante fuese
este amor , mas imposible
de acabarse y de romperse,
ambos nos criamos juntos,
y amor en nuestras niñeces
no fue rayo , pues hirió
en lo humilde , tierno y debil
con mas fuerza , que pudiera
en lo augusto , altivo y fuerte;
tanto , que para mostrar
sus fuerzas y sus poderes,
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes;
pero como la porfia
del agua en las piedras suele
hacer señal , por la fuerza
no , sino cayendo siempre:
asi las lagrimas mias,
porfiando eternamente,
la piedra del corazon,
mas que los diamantes fuerte,
labraron , y no con fuerza
de meritos excelentes;
pero con mi mucho amor
vino en fin á enternecerse.
En este estado viví
algun tiempo , aunque fue breve,
gozando en auras suaves
mil amorosos deleytes.
Ausentéme , por mi mal,
harto he dicho en ausentéme,
pues en mi ausencia otro amante
ha venido á darme muerte;
él dichoso , yo infelice,
él asistiendo , yo ausente,
yo cautivo , libre él,
me contrastará mi suerte,
quando tu me cautivaste:
mira si es bien me lamente.
Fern. Valiente moro , y galan,
si adoras como refieres,
si idolatras como dices,
si amas como encareces,
si zelas como suspiras,
si como rezelas temes,
y si como sientes amas,
dichosamente padeces.
No quiero por tu rescate
mas precio de que le aceptes:
vuelvete , y dile á tu dama,
que por su esclavo te ofrece
un portugués caballero,

y si obligada pretende
pagarme el precio por ti,
yo te doy lo que me debes,
cobra la deuda en amor,
y logra tus intereses.
Ya el caballo, que rendido
cayó en el suelo, parece
con el ocio y el descanso,
que resituído vuelve;
y porque sé que es amor,
y que es tardanza en ausentes,
no te quiero detener,
sube en tu caballo, y véte.
Mul. Nada mi voz te responde,
que á quien liberal ofrece,
solo aceptar es lisonja;
dime, portugués, quien eres?
Fern. Un hombre noble, y no mas.
Mul. Bien lo muestras, seas quien fueres;
para el bien y para el mal
soy tu esclavo eternamente.
Fern. Toma el caballo, que es tarde.
Mul. Pues si á ti te lo parece,
que hará quien vino cautivo,
y libre á su dama vuelve? *Vase.*
Fern. Generosa accion es dar,
y mas la vida.
Dent. Mul. Valiente
portugués?
Fern. Desde el caballo
habla: qué es lo que me quieres?
Mul. Espero que he de pagarte
algun dia tantos bienes.
Fern. Gozalos tu. *Mul.* Porque al fin
hacer bien nunca se pierde:
Alá te guarde, español.
Fern. Si Alá es Dios, con bien te lleve.
Suenan dentro caxas y trompetas.
Mas qué trompa es aquesta,
que el ayre turba, y la region molesta?
y por estotra parte
caxas se escuchan; musica de Marte
son las dos. *Sale Enrique.*
Enr. O Fernando,
tu persona veloz vengo buscando.
Fern. Enrique, qué hay de nuevo?
Enr. Aquellos ecos,
exercitos de Fez y de Marruecoe
son, porque Tarudante
al Rey de Fez socorre, y arrogante
el Rey con gente viene,
en medio cada exercito nos tiene,
de modo que cercados
somos los sitiadores y sitiados:
si la espalda volvemos
al uno, mal del otro nos podemos
defender, pues por una y otra parte
nos deslumbran relampagos de Marte:
qué harémos, pues, de confusiones llenos?
Fern. Qué? morir como buenos,
con animos constantes:
no somos dos Maestres, dos Infantes,
quando bastára ser dos portugueses
particulares, para no haber visto
la cara al miedo: pues Avis y Christo
á voces repitamos,
y por la fe muramos,
pues á morir venimos. *Sale Don Juan.*
Juan. Mala salida á tierra dispusimos.

Fern. Ya no es tiempo de medios,
á los brazos apelen los remedios,
pues que uno y otro exercito nos cierra
en medio : Avis y Christo.
Juan. Guerra, guerra.
Entranse sacando las espadas, dase la batalla, y sale Brito.
Brit. Ya nos cogen en medio
un exercito y otro sin remedio:
qué bellaca palabra?
la llave eterna de los cielos abra
un resquicio siquiera,
que de aqueste peligro salga afuera
quien aqui se ha venido
sin que, ni para que; pero fingido
muerto estaré un instante,
y muerto lo tendré para adelante.
Echase en el suelo. y sale un moro acuchillando á Enrique.
Mor. Quien tanto se defiende,
siendo mi brazo rayo, que desciende
desde la quarta esfera?
Enr. Pero aunque yo tropiece, cayga y muera
en cuerpo de christianos,
no desmaya la fuerza de las manos,
que ella de quien yo soy mejor avisa.
Brit. Cuerpo de Dios con él, y qué bien pisa!
Pisanle, y entranse, y salen Muley, y Don Juan Coutiño riñendo.
Mul. Ver, portugués valiente,
en ti fuerza tan grande no lo siente
mi valor, pues quisiera
daros hoy la victoria. *Juan.* Pena fiera!
sin tiento y sin aviso
son cuerpos de christianos quantos piso.
Brit. Yo se lo perdonára,
á trueco, mi señor, que no pisára.
Vanse los dos, y sale Don Fernando retirandose del Rey y de otros moros.
Rey. Rinde la espada, altivo
portugués, que si logro el verte vivo
en mi poder, prometo
ser tu amigo : quien eres?
Fern. Un caballero soy, saber no esperes
mas de mi, dame muerte.
Sale Don Juan, y ponese á su lado.
Jaun. Primero, gran señor, mi pecho fuerte,
que es muro de diamante,
tu vida guardará puesto delante:
ea, Fernando mio,
muestrese ahora el heredado brio.
Rey. Si esto escucho, qué espero?

precio vil de un hombre muerto. *Vase.*

Mul. Facil es de descifrar
ese sueño, esa ilusion,
pues las imagenes son
de mi pena singular:
á Tarudante has de dar
la mano de esposa, pero
yo, que en pensarlo me muero,
estorbaré mi rigor,
que él no ha gozar tu amor,
si no me mata primero.
Perderme yo podrá ser,
mas no perderte, y vivir:
luego si es fuerza el morir
antes que lo llegue á ver,
precio mi vida ha de ser
con que ha de comprarte (ay cielos!)
y tu en tantos desconsuelos
precio de un muerto serás,
pues que morir me verás
de amor, de envidia y de zelos.

Salen tres cautivos, y el Infante Don Fernando.

Caut. 1. Desde aquel jardin te vimos
donde estamos trabajando,
andar á caza, Fernando,
y todos juntos venimos
á arrojarnos á tus pies.

Caut. 2. Solamente este consuelo
aqui nos ofrece el cielo.

Caut. 3. Piedad como suya es.

Fern. Amigos, dadme los brazos,
y sabe Dios si con ellos
quisiera de vuestros cuellos
romper los nudos y lazos
que os aprisionan, que á fe
que os darian libertad
antes que á mi; mas pensad,
que favor del cielo fue
esta piadosa sentencia,
él mejorará la suerte,
que á la desdicha mas fuerte
sabe vencer la prudencia,
sufrid con ella el rigor
del tiempo y de la fortuna,
Deidad barbara importuna,
hoy cadaver, y ayer flor,
no permanece jamas,
y asi os mudará de estado:
ay Dios! que al necesitado
darle consejo no mas,
no es prudencia, y en verdad
que aunque quiera regalaros,
no tengo esta vez que daros,
mis amigos, perdonad.
Ya de Portugal espero
socorro, presto vendrá,
vuestra mi hacienda será,
para vosotros la quiero:
si me vienen á sacar
del cautiverio, ya digo,
que todos iréis conmigo,
id con Dios á trabajar,
no disgusteis vuestros dueños.

Caut. 1. Señor, tu vida y salud
hace nuestra esclavitud
dichosa. *Caut* 2. Siglos pequeños
los del Fenix sean, señor,
para que vivas. *Vanse.*

Fern. El alma
queda en lastimosa calma,
viendo que os vais sin favor
de mis manos: quien pudiera
socorrerlos: qué dolor!

Mul. Aqui estoy viendo el amor
con que la desdicha fiera
de esos cautivos tratais.

Fern. Duelome de su fortuna,
y en la desdicha importuna,
qué á esos cautivos mirais,
aprendo á ser infelice;
y algun dia podrá ser
que los haya menester.

Mul. Eso vuestra Alteza dice?

Fern. Naciendo Infante, he llegado
á ser esclavo, y asi
temo venir desde aqui
á mas miserable estado:
que si ya en aqueste vivo,
mucha mas distancia hay
de Infante á cautivo, que hay
de cautivo á mas cautivo.
Un dia llama á otro dia,
y asi llama, y encadena
llanto á llanto, y pena á pena.

Mul. No fuera mayor la mia,
que vuestra Alteza mañana,
aunque hoy cautivo está,
á su patria volverá;
pero mi esperanza es vana,

pues

pues no puede alguna vez
mejorarse mi fortuna,
mudable mas que la luna.
Fern. Cortesano soy de Fez,
y nunca de los amores
que me contaste, te oí
novedad. *Mul.* Fueron en mi
recatados los favores:
el dueño juré encubrir,
pero á la amistad atento,
sin quebrar el juramento,
te lo tengo de decir.
Tan solo mi mal ha sido,
como solo mi dolor,
porque el Fenix y mi amor
sin semejante han nacido.
En ver, oír, y callar,
Fenix es mi pensamiento,
Fenix es mi sufrimiento,
en temor, sentir y amar.
Fenix mi desconfianza
en llorar y padecer,
en merecerla y temer,
aunque es Fenix mi esperanza.
Fenix mi amor y cuidado,
y pues que es Fenix te digo,
como amante y como amigo,
ya lo he dicho, y lo he callado. *Vase.*
Fern. Cuerdamente declaró
el dueño amante y cortés;
si Fenix su pena es,
no he de competirla yo:
que la mia es comun pena,
no me doy por entendido,
que muchos la han padecido,
y vive de enojos llena.
Sale el Rey.
Rey. Por la falda deste monte,
vengo siguiendo á tu Alteza,
porque antes que el sol se oculte
entre corales y perlas,
te diviertas en la lucha
de un tigre, que ahora cercan
mis cazadores. *Fern.* Señor,
gustos por puntos inventas
para agradarme: si asi
á tus esclavos festejas,
no echarán menos la patria.
Rey. Cautivos de tales prendas,
que honran al dueño, es razon
servirlos desta manera.
Sale Don Juan.
Juan. Sal, gran señor, á la orilla
del mar, y verás en ella
el mas hermoso animal,
que añadió naturaleza
al artificio, porque
una christiana galera
llega al puerto tan hermosa,
aunque toda obscura y negra,
que al verla se duda como
es alegre su tristeza.
Las armas de Portugal
visten por remate della,
que como tienen cautivo
á su Infante, tristes señas
vienen por su esclavitud,
y á darle libertad llegan,
diciendo su sentimiento.
Fern. Don Juan, amigo, no es esa
de su luto la razon,
que si á librarme vinieran,
en fe de su libertad
fueran alegres las muestras.
Sale Don Enrique vestido de luto, con un pliego.
Enr. Dame, gran señor, los brazos.
Rey. Con bien venga, vuestra Alteza.
Fern. Ay, D. Juan, cierta es mi muerte.
Rey. Ay, Muley, mi dicha es cierta.
Enr. Ya que de vuestra salud
me informa vuestra presencia,
para abrazar á mi hermano
me dad, gran señor, licencia,
ay, Fernando! *Abrazanse.*
Fern. Enrique mio,
qué trage es ese? Mas cesa,
harto me han dicho tus ojos,
nada me diga tu lengua,
no llores, que si es decirme
que es mi esclavitud eterna,
eso es lo que mas deseo,
albricias pedir pudieras,
y en vez de dolor y luto
vestir galas, y hacer fiestas:
cómo está el Rey, mi señor?
porque como él salud tenga,
nada siento: aun no respondes?
Enr. Si repetidas las penas
se sienten dos veces, quiero
que

que sola una vez las sientas:
tu escuchame, gran señor,
que aunque una montaña sea
rustico palacio, aqui
te pido me des audiencia,
á un preso la libertad,
y atencion justa á estas nuevas:
Rota y desecha la armada,
que fue con vana soberbia
pesadumbre de las ondas,
dexando en Africa presa
la persona del Infante,
á Lisboa di la vuelta:
desde el punto que Duarte
oyó tan tragicas nuevas,
de una tristeza cubrió
el corazon, de manera,
que pasando á ser letargo
la melancolia primera,
muriendo, desmintió á quantos
dicen que no matan penas:
murió el Rey, que esté en el cielo.
Fern. Ay de mi! tanto le cuesta
mi prision? *Rey.* De esa desdicha
sabe Alá lo que me pesa:
prosigue. *Enr.* En su testamento
el Rey, mi señor, ordena,
que luego por la persona
del Infante se dé á Ceuta;
y asi, yo con los poderes
de Alfonso, que es quien le hereda,
porque solo este lucero
supliera del sol la ausencia,
vengo á entregar la Ciudad,
y pues ::- *Fern.* No prosigas, cesa,
cesa, Enrique, porque son
palabras indignas esas,
no de un portugués Infante,
de un Maestre, que profesa
de Christo la religion,
pero aun de un hombre lo fuera
vil, de un barbaro sin luz
de la fe de Christo eterna.
Mi hermano, que está en el cielo,
si en su testamento dexa
esa clausula, no es
para que se cumpla y lea,
sino para mostrar solo,
que mi libertad desea,
y esa se busque por otros
medios y otras conveniencias,
ó apacibles ó crueles;
porque decir: Dése á Ceuta,
es decir: Hasta esto haced
prodigiosas diligencias;
que un Rey catolico y justo,
cómo fuera, cómo fuera
posible entregar á un moro
una Ciudad, que le cuesta
su sangre, pues fue el primero
que con sola una rodela
y una espada enarboló
las Quinas en sus almenas?
y esto es lo que importa menos:
Una Ciudad, que confiesa
catolicamente á Dios,
la que ha merecido iglesias
consagradas á sus cultos
con amor y reverencia,
fuera catolica accion,
fuera religion expresa,
fuera christiana piedad,
fuera hazaña portuguesa,
que los templos soberanos,
atlantes de las esferas,
en vez de doradas luces,
adonde el sol reverbera,
vieran otomanas sombras,
y que sus lunas opuestas
en la iglesia, estos eclipses
executasen tragedias?
Fuera bien que sus capillas
á ser establos vinieran,
sus altares á pesebres?
y quando aquesto no fuera,
volvieran á ser mezquitas?
Aqui enmudece la lengua,
aqui me falta el aliento,
aqui me ahoga la pena,
porque en pensarlo no mas,
el corazon se me quiebra,
el cabello se me eriza,
y todo el cuerpo me tiembla;
porque establos y pesebres
no fuera la vez primera
que hayan hospedado á Dios;
pero en ser mezquitas, fueran
un epitafio, un padron
de nuestra inmortal afrenta,
diciendo: Aqui tuvo Dios

pe-

Posada, y hoy se la niegan
los Christianos, para darla
al demonio. Aun no se cuenta
(acá moralmente hablando)
que nadie en casa se atreva
de otro á ofenderle. Era justo
que entrára en su casa mesma
á ofender á Dios el vicio,
y que acompañado fuera
de nosotros, y nosotros
le guardáramos la puerta,
y para dexarle dentro,
á Dios echasemos fuera?
Los Catolicos, que habitan
con sus familias y haciendas,
hoy quizá prevaricáran
en la fe, por no perderlas.
Fuera bien ocasionar
nosotros la contingencia
deste pecado? Los niños
que tiernos se crian en ella,
fuera bueno que los Moros
los Christianos induxeran
á sus costumbres y ritos,
para vivir en su secta?
En misero cautiverio
fuera bueno que murieran
hoy tantas vidas, por una,
que no importa que se pierda?
quién soy yo? soy mas que un hombre:
si es numero que acrecienta
el ser Infante, ya soy
un cautivo, de nobleza
no es capaz el que es esclavo,
yo lo soy, luego ya yerra
el que Infante me llamáre:
si no lo soy, quien ordena
que la vida de un esclavo
en tanto precio se venda?
Morir, es perder el sér,
yo le perdí en una guerra:
perdí el sér, luego morí;
morí, luego ya no es cuerda
hazaña, que por un muerto
hoy tantos vivos perezcan:
Y asi, estos vanos poderes,
hoy divididos en piezas,
serán atomos del sol, *Rompelos.*
serán del fuego centellas;
mas no, yo los comeré,
porque aun no quede una letra,
que informe al mundo, que tuvo
la Lusitana nobleza
este intento: Rey, yo soy
tu esclavo, dispon, ordena
de mì libertad, no quiero,
ni es posible que la tenga;
Enrique, vuelve á tu patria,
di que en Africa me dexas
enterrado, que mi vida
yo haré que muerte parezca;
Christianos, Fernando es muerto;
Moros, un esclavo os queda;
Cautivos, un compañero
hoy se añade á vuestras penas;
cielos, un hombre restaura
vuestras divinas Iglesias;
mar, un misero con llanto
vuestras ondas acrecienta;
montes, un triste os habita,
igual ya de vuestras fieras;
viento, un pobre con sus voces
os duplica las esferas;
tierra, un cadaver hoy labra
en tus entrañas su huesa:
porque Rey, hermano, moros,
christianos, sol, luna, estrellas,
cielo, tierra, mar y viento,
fieras, montes, todos sepan,
que hoy un Principe constante
entre desdichas y penas,
la fe catolica ensalza,
la ley de Dios reverencia:
pues quando no hubiera otra
razon mas, que tener Ceuta
una Iglesia consagrada
á la Concepcion eterna
de la que es Reyna y Señora
de los cielos y la tierra,
perdiera, vive ella misma,
mil vidas en su defensa.

Rey. Desagradecido, ingrato
á las glorias y grandezas
de mi Reyno, cómo asi
hoy me quitas, hoy me niegas
lo que mas he deseado?
Mas si en mi Reyno gobiernas
mas que en el tuyo, qué mucho
que la esclavitud no sientas?
Pero ya que esclavo mio

te nombras y te confiesas,
como á esclavo he de tratarte:
tu hermano, y los tuyos vean,
que ya, como vil esclavo,
los pies ahora me besas.
Enr. Qué desdicha! *Mul.* Qué dolor!
Enr. Qué desventura! *Juan.* Qué pena!
Rey. Mi esclavo eres.
Fern. Es verdad,
y poco en eso te vengas,
que si para una jornada
salió el hombre de la tierra,
al fin de varios caminos,
es para volver á ella:
mas tengo que agradecerte,
que culparte, pues me enseñas
atajos para llegar
á la posada mas cerca.
Rey. Siendo esclavo tu, no puedes
tener titulos, ni rentas:
hoy Ceuta está en tu poder,
si cautivo te confiesas,
si me confiesas por dueño,
por qué no me das á Ceuta?
Fern. Porque es de Dios, y no es mia.
Rey. No es precepto de obediencia
obedecer al señor?
Pues yo te mando con ella,
que la entregues. *Fern.* En lo justo
dice el cielo que obedezca
el esclavo á su señor,
porque si el señor dixera
á su esclavo que pecára,
obligacion no tuviera
de obedecerle, porque
quien peca mandando, peca.
Rey. Daréte muerte. *Fern.* Esa es vida.
Rey. Pues para que no lo sea,
vive muriendo, que yo
rigor tengo. *Fern.* Y yo paciencia.
Rey. Pues no tendrás libertad.
Fern. Pues no será tuya Ceuta.
Rey. Ola?
Sale Cel. Señor.
Rey. Luego al punto
aquese cautivo sea
igual á todos, al cuello
y á los pies le echad cadenas,
á mis caballos acuda,
y en baño y jardin, y sea
abatido como todos,
no vista ropas de seda,
sino sarga humilde y pobre;
coma negro pan, y beba
agua salobre, en mazmorras
humedas y obscuras duerma,
y á criados y á vasallos
se extienda aquesta sentencia:
llevadlos todos. *Enr.* Qué llanto!
Mul. Qué desdicha!
Juan. Qué tristeza!
Rey. Veré, barbaro, veré
si llega á mas tu paciencia,
que mi rigor. *Fern.* Sí verás,
porque esta en mi será eterna.
Llevanle.
Rey. Enrique, por el seguro
de mi palabra, que vuelvas
á Lisboa te permito,
el mar africano dexa:
di en tu patria, que su Infante,
su Maestre de Avis, queda
curandome los caballos,
que á darle libertad vengan.
Enr. Sí harán, que si yo le dexo
en su infelice miseria,
y me sufre el corazon
el no acompañarle en ella,
es porque pienso volver
con mas poder y mas fuerza
para darle libertad.
Rey. Muy bien harás, como puedas.
Mul. Ya ha llegado la ocasion
de que mi lealtad se vea, *ap.*
la vida debo á Fernando,
yo le pagaré la deuda. *Vanse.*
Salen Celin, y el Infante de cautivo, y con cadena.
Cel. El Rey manda, que asistas
en aqueste jardin, y no resistas
su ley á tu obediencia.
Fer. Mayor, que su rigor, es mi paciencia.
Salen los cautivos, y uno canta mientras los otros caban en un jardin.
Cant. caut. 1. A la conquista de Tanger,
contra el tirano de Fez,
al Infante Don Fernando
envió su hermano el Rey.
Fern. Qué un instante mi historia
no dexe de cansar á la memoria!

tris-

triste estoy, y turbado.

Caut. 2. Cautivo, cómo estais tan descuidado?
no lloreis, consoláos, que ya el Maestre
dixo, que volveremos
presto á la patria, y libertad tendremos,
ninguno ha de quedar en este suelo.

Fern. Qué presto perdereis ese consuelo!

Caut. 2. Consolad los rigores,
y ayudadme á regar aquestas flores,
tomad los cubos, y agua me id trayendo
de aquel estanque.

Fern. Obedecer pretendo,
buen cargo me habeis dado,
pues agua me pedís, que mi cuidado,
sembrando penas, cultivando enojos,
llenará en la corriente de mis ojos. *Vase.*

Caut. A este baño han echado
mas cautivos.

Salen Don Juan y otro cautivo.

Juan. Miremos con cuidado,
si estos jardines fueron,
donde vino, ó si acaso estos le vieron,
porque en su compañia
menos el llanto y el dolor seria,
y mayor el consuélo:
digasme, amigo, que te guarde el cielo,
si viste cultivando
este jardin al Maestre Don Fernando?

Caut. 2. No, amigo, no le he visto.

Juan. Mal el dolor y lagrimas resisto.

Caut. 3. Digo, que el baño abrieron,
y que nuevos cautivos á él vinieron.

Sale Don Fernando con cubos de agua.

Fern. Mortales, no os espante
ver un Maestre de Avis, ver un Infante
en tan misera afrenta,
que el tiempo estas miserias representa.

Juan. Pues, señor, vuestra Alteza
en tan misero estado? de tristeza
rompa el dolor el pecho.

Fern. Valgate Dios, qué gran pesar me has hecho,
Don Juan, en descubrirme?
que quisiera ocultarme y encubrirme
entre mi misma gente,
sirviendo pobre y miserablemente.

Caut. 1. Señor, que perdoneis humilde os ruego
haber andado yo tan loco y ciego.

Caut. 2. Danos, señor, tus pies.

Fern. Alzad, amigo,
no hagais tal ceremonia ya conmigo.

Juan. Vuestra Alteza. *Fern.* Qué Alteza
ha de tener quien vive en tal baxeza?
ved que yo humilde vivo,
y soy entre vosotros un cautivo;
ninguno ya me trate,
sino como á su igual.

Juan. Que no desate
un rayo el cielo para darme muerte!

Fern. Don Juan, no ha de quejarse desa suerte
un noble: quien del cielo desconfia?
la prudencia, el valor, la bizarria
se ha de mostrar ahora.

Sale Zara con una azafate.

Zar. Al jardin sale Fenix mi señora,
y manda, que matices y colores
borden este azafáte de sus flores.

Fern. Yo llevarsele espero,
que en quanto sea servir seré el primero.

Caut. 1. Ea, vamos á cogellas.

Zar. Aqui os aguardo, mientras vais por ellas.

Fern. No me hagais cortesias,
iguales vuestras penas y las mias
son, y pues nuestra suerte,
si hoy no, mañana ha de igualar la muerte,
no será accion liviana,
no dexar hoy que hacer para mañana.

Vanse el Infante, y todos haciendole cortesias, quedase Zara, y salen Fenix y Rosa.

Fen. Mandaste que me traxesen
las flores? *Zar.* Ya lo mandé.

Fen. Sus colores deseé
para que me divirtiesen.

Ros. Que tales, señora, fuesen,
creyendo tus fantasias,
tus graves melancolias?

Zar. Qué te obligó á estar asi?

Fen. No fue sueño lo que ví,
que fueron desdichas mias:
quando sueña un desdichado
que es dueño de algun tesoro,
ni dudo, Zara, ni ignoro
que entonces es bien soñado;
mas si á soñar ha llegado

en fortuna tan incierta,
que desdicha le concierta,
y aquello sus ojos ven,
pues soñando el mal y el bien,
halla el mal, quando despierta,
piedad no espero (ay de mi!)
porque mi mal será cierto.
Zar. Y qué dexas para el muerto,
si tu lo sientes asi?
Fen. Ya mis desdichas creí:
precio de un muerto! quien vió
tal pena? No hay gusto, no,
á una infelice muger:
que al fin de un muerto he de ser?
quien será este muerto?
Sale Don Fernando con las flores.
Fern. Yo.
Fen. Ay cielos! qué es lo que veo!
Fern. Qué te admiras?
Fen. De una suerte
me admira el oirte y verte.
Fern. No lo jures, bien lo creo:
yo, pues, Fenix, que deseo
servirte humilde, traia
flores de la suerte mia
geroglificos señora,
pues nacieron con la aurora,
y murieron con el dia.
Fen. A la maravilla dió
ese nombre al descubrilla.
Fern. Que flor, di, no es maravilla,
quando te la sirvo yo?
Fen. Es verdad, di, quien causó
esta novedad? *Fern.* Mi suerte.
Fen. Tan rigurosa es?
Fern. Tan fuerte. *Fen.* Pena das.
Fern. Pues no te asombre.
Fen. Por qué?
Fern. Porque nace el hombre
sujeto á fortuna y muerte.
Fen. No eres Fernando?
Fern. Si soy.
Fen. Quien te puso asi? *Fern.* La ley
de esclavo. *Fen.* Quien la hizo?
Fern. El Rey. *Fen.* Por qué?
Fern. Porque suyo soy.
Fen. Pues no te ha estimado hoy?
Fern. Y tambien me ha aborrecido.
Fen. Un dia posible ha sido
á desunir dos estrellas?
Fen. Para presumir por ellas
las flores habrán venido.
Estas que fueron pompa y alegria,
despertando al albor de la mañana,
á la tarde serán lastima vana,
durmiendo en brazos de la noche fria.
Este matiz que al cielo desafia,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana,
tanto se emprende en termino de un dia.
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron,
cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron,
en un dia nacieron y espiraron,
que pasados los siglos, horas fueron.
Fen. Horror y miedo me has dado,
ni oirte, ni verte quiero;
sé el desdichado primero
de quien huye un desdichado.
Fern. Y las flores?
Fen. Si has hallado
geroglificos en ellas,
deshacellas y rompellas
solo sabrán mis rigores.
Fern. Qué culpa tienen las flores?
Fen. Parecerse á las estrellas.
Fern. Ya no las quieres?
Fen. Ninguna
estimo en su rosicler.
Fern. Cómo? *Fen.* Nace la muger
sujeta á muerte y fortuna;
y en esa estrella importuna
tasada mi vida ví.
Fern. Flores con estrellas? *Fen.* Si.
Fern. Aunque sus rigores lloro,
esa propiedad ignoro.
Fen. Escucha sabraslo. *Fern.* Di.
Fen. Esos rasgos de luz, esas centellas,
que cobran con amagos superiores
alimentos del sol en resplandores,
aquello viven, que se duelen dellas.
Flores nocturnas son, aunque tan bellas
efimeras padecen sus ardores,
pues si un dia es el siglo de las flores
una noche es la edad de las estrellas.
De esa, pues, primavera fugitiva,
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere;
registro es nuestro, ó muera el sol ó
viva.

Qué

Qué duracion habrá que el hombre espere?
ó que mudanza habrá que no reciba
de astro que cada noche nace y muere?
Vase, y sale Muley.
Mul. A que se ausentase Fenix
en esta parte esperé,
que el aguila mas amante
huye de la luz tal vez:
estamos solos?
Fern. Sí. *Mul.* Escucha.
Fern. Que quieres, noble Muley?
Mul. Que sepas que hay en el pecho
de un moro lealtad y fe,
no sé por donde empezar
á declararme, ni sé
si diga quanto he sentido
este inconstante desden
del tiempo, este estrago injusto
de la suerte, este cruel
exemplo del mundo, y este
de la fortuna vayven:
Pero á riesgo estoy, si aqui
hablar contigo me ven,
que tratarte sin respeto
es ya decreto del Rey;
y asi á mi dolor dexando
la voz, que él podrá mas bien
explicarse, como esclavo
vengo á arrojarme á esos pies,
yo lo soy tuyo, y asi,
no vengo, Infante á ofrecer
mi favor, sino á pagar
deuda que un tiempo cobré.
La vida que tu me diste,
vengo á darte, que hacer bien
es tesoro que se guarda
para quando es menester.
Y porque el temor me tiene
con grillos de miedo al pie,
y está mi pecho y mi cuello
entre el cuchillo y cordel,
quiero, acortando discursos,
declararme de una vez:
y asi, digo que esta noche
tendré en el mar un baxel
prevenido, en las troneras
de las mazmorras pondré
instrumentos, que desarmen
las prisiones que teneis.
Luego por parte de afuera
los candados romperé,
tu, con todos los cautivos
que Fez encierra hoy, en él
vuelve á tu patria, seguro
de que yo lo quedo en Fez;
pues es facil el decir,
que ellos pudieron romper
la prision; y asi los dos
abremos librado bien,
yo el honor, tu la vida;
pues es cierto, que á saber
el Rey mi intento, me diera
por traydor, con justa ley,
que no sintiera el morir:
y porque son menester
para grangear voluntades
dineros, aqui se ve
á estas joyas reducido
inumerable interés.
Este es, Fernando, el rescate
de mi prision, esta es
la obligacion que te tengo,
que un esclavo noble y fiel
tan inmenso bien habia
de pagar alguna vez.
Fern. Agradecerte quisiera
la libertad; pero el Rey
sale al jardin. *Mul.* Hate visto
conmigo? *Fern.* No.
Mul. Pues no des
que sospechar. *Fern.* Destos ramos
haré rustico cancel,
que me encubra, mientras pasa.
Escondese, y sale el Rey.
Rey. Con tal secreto Muley,
y Fernando, y irse el uno
en el punto que me ve,
y disimular el otro?
algo hay aqui que temer:
sea cierto ó no sea cierto,
mi temor procuraré
asegurar. Mucho estimo.
Mul. Gran señor, dame tus pies.
Rey. Hallarte aqui.
Mul. Qué me mandas?
Rey. Mucho he sentido el no ver
á Ceuta por mia. *Mul.* Conquista,
coronado de laurel,
sus muros, que á tu valor
mal se podrá defender.

Rey. Con mas domestica guerra
se ha de rendir á mis pies
Mul. De qué suerte? *Rey.* Desta suerte,
con abatir y poner
á Fernando en tal estado,
que él mismo á Ceuta me dé.
Sabrás, pues, Muley amigo,
que yo he llegado á temer,
que del Maestre la persona
no está muy segura en Fez:
los cautivos que en estado
tan abatido le ven,
se lastiman, y rezelo
que se amotinen por él.
Fuera desto, siempre ha sido
poderoso el interés,
que las guardas con él oro
son faciles de romper.
Mul. Yo quiero apoyar ahora *ap.*
que todo esto puede ser,
porque de mi no se tenga
sospecha. Tu temes bien,
fuerza es que quieran librarle.
Rey. Pues solo un remedio hallé,
porque ninguno se atreva
á atropellar mi poder.
Mul. Y es, señor? *Rey.* Muley, que tu
le guardes, y á cargo esté
tuyo, á ti no ha de torcerte
ni el temor, ni el interés.
Alcayde eres del Infante,
procura el guardarle bien,
porque en qualquiera ocasion
tu me has de dar cuenta dél. *Vase.*
Mul. Sin duda alguna, que oyó
nuestros conciertos el Rey:
valgame Alá.
Sale Fern. Qué te aflige?
Mul. Has escuchado?
Fern. Muy bien.
Mul. Pues para qué me preguntas
que me aflige? si me ves
en tan ciega confusion,
y entre mi amigo, y el Rey,
el amistad, y el honor
hoy en batalla se ven?
Si soy contigo leal,
he de ser traydor con él:
ingrato seré contigo,
si con él me juzgo fiel:
que he de hacer? valedme cielos,
pues al mismo que llegué
á rendir la libertad,
me entrega para que esté
seguro en mi confianza:
que he de hacer, si ha echado el Rey
llave maestra al secreto?
Mas para acertarlo bien,
te pido que me aconsejes,
dime tu, qué debo hacer?
Fern. Muley, amor y amistad
en grado inferior se ven
con la lealtad y el honor,
nadie iguala con el Rey,
él solo es igual contigo;
y asi, mi consejo es,
que á él le sirvas, y me faltes:
tu amigo soy; y porque
esté seguro tu honor,
yo me guardaré tambien,
y aunque otro llegue á ofrecerme
libertad, no aceptaré
la vida, porque tu hoy
conmigo seguro esté.
Mul. Fernando no me aconsejas
tan leal, como cortés:
sé que te debo la vida,
y que pagartela es bien;
y asi, lo que está tratado,
esta noche dispondré:
librate tu, que mi vida
se quedará á padecer
tu muerte, librate tu,
que nada temo despues.
Fern. Y será justo que yo
sea tirano y cruel
con quien conmigo es piadoso,
y mate al honor cruel,
que á mi me está dando vida?
No, y asi te quiero hacer
juez de mi causa, y mi vida,
aconsejame tambien;
tomaré la libertad
de quien queda á padecer
por mi? Dexaré que sea
uno con su honor cruel,
por ser liberal conmigo?
qué me aconsejas? *Mul.* No sé;
que no me atrevo á decir
si, ni no: el no, porque

me pesará que lo diga;
y el si, porque hecho de ver,
si voy á decir que si,
que no te aconsejo bien.
Fern. Si aconsejas; porque yo
por mi Dios, y por mi ley
seré un Principe constante
en la esclavitud de Fez.

JORNADA TERCERA.

Salen Muley y el Rey.

Mul. Ya que socorro no espero,
por tantas guardas del Rey,
á Don Fernando, hacer quiero
sus ausencias, que esta es ley
de un amigo verdadero.
Señor, pues yo te serví
en tierra y mar como sabes,
si en tu gracia merecí
lugar en penas tan graves,
atento me escucha. *Rey.* Di.
Mul. Fernando. *Rey.* No digas mas.
Mul. Posible es que no me oirás?
Rey. No, que en diciendo Fernando,
ya me ofendes.
Mul. Cómo, ó quando?
Rey. Como ocasion no me das
de hacer lo que me pidieres,
quando me ruegas por él.
Mul. Si soy su guarda, no quieres,
señor, que dé cuenta dél?
Rey. Di; pero piedad no esperes.
Mul. Fernando, cuya importuna
suerte, sin piedad alguna
vive, á pesar de la fama,
tanto, que el mundo le llama
el monstruo de la fortuna,
examinando el rigor,
mejor dixera el poder
de tu corona, señor,
hoy á tan misero sér
le ha traido su valor,
que en un lugar arrojado,
tan humilde y desdichado,
que es indigno de tu oido,
enfermo, pobre y tullido,
piedad pide al que ha pasado,
porque como le mandaste
que en la mazmorra durmiese,
que en los baños trabajase,
que tus caballos curase,
y nadie á comer le diese,
á tal extremo llegó,
como era su natural
tan flaco, que se tulló:
y asi la fuerza del mal,
brio y magestad rindió:
pasando la noche fria
en una mazmorra dura,
constante en su fe porfia;
y al salir la lumbre pura
del sol, que es padre del dia,
los cautivos (pena fiera!)
en una misera estera
le ponen en tal lugar,
que es, dirélo? un muladar,
porque es su olor de manera,
que nadie puede sufrirle
junto á su casa; y asi,
todos dan en despedirle,
y ha venido á estar allí
sin hablarle, y sin oirle,
ni compadecerse dél:
solo un criado, y un fiel
caballero en pena extraña
le consuela y acompaña:
estos dos parten con él
su porcion, tan sin provecho,
que para uno solo es poca;
pues quando los labios toca,
se suele pasar al pecho,
sin que lo sepa la boca;
y aun á estos dos castiga
tu gente, por la piedad
que al dueño á servir obliga
mas no hay rigor, ni crueldad,
por mas que ya los persiga,
que dél los pueda apartar;
mientras uno va á buscar
de comer, el otro queda
con quien consolarse pueda
de su desdicha y pesar.
Acaba ya rigor tanto,
ten del Principe, señor,
puesto en tan fiero quebranto,
ya que no piedad, horror,
asombro, ya que no llanto.
Rey. Bien está, Muley.
Sale Fenix. Señor,

si ha merecido en tu amor
gracia alguna mi humildad,
hoy á vuestra Magestad
vengo á pedir un favor.
Rey. Qué podré negarte á ti?
Fen. Fernando el Maestre.
Rey. Está bien,
ya no hay que pasar de ahí.
Fen. Horror da á quantos le ven
en tal estado; de ti,
solo merecer quisiera.
Rey. Detente, Fenix, espera,
quien á Fernando le obliga
para que su muerte siga?
para que infelice muera?
Si por ser cruel y fiel
á su fe, sufre castigo
tan dilatado y cruel,
él es el cruel consigo,
que yo no lo soy con él.
No está en su mano salir
de su miseria, y vivir?
Pues eso en su mano está,
entregue á Ceuta, y saldrá
de padecer y sentir
tantas penas y rigores.
Sale Cel. Licencia aguardan que des,
señor, dos Embaxadores,
de Tarudante, uno es,
y el otro del Portugues
Alfonso.
Fen. Hay penas mayores? *ap.*
sin duda que por mi envia
Tarudante.
Mul. Hoy perdí, cielos, *ap.*
la esperanza que tenia,
matenme amistad y zelos,
todo lo perdí en un dia.
Rey. Entren pues, en este estrado
conmigo te asienta, Fenix.
Sientanse, y salen Alfonso y Tarudante, cada uno por su parte.
Tar. Generoso Rey de Fez.
Alf. Rey de Fez altivo y fuerte.
Tar. Cuya fama. *Alf.* Cuya vida.
Tar. Nunca muera.
Alf. Viva siempre.
Tar. Y tu de aquel sol aurora.
Alf. Tu de aquel ocaso oriente.
Tar. A pesar de siglos dures,
Alf. A pesar de tiempos reynes,
Tar. Porque tengas.
Alf. Porque goces.
Tar. Felicidades. *Alf.* Laureles.
Tar. Altas dichas.
Alf. Triunfos grandes.
Tar. Pocos males.
Alf. Muchos bienes.
Tar. Cómo, mientras hablo yo,
tu, Christiano, á hablar te atreves?
Alf. Porque nadie hablar primero
que yo, donde yo estuviere.
Tar. A mi, por ser de nacion
alarbe, el lugar me deben
primero, que los extraños,
donde hay propios, no prefieren.
Alf. Donde saben cortesia
si hacen, pues vemos siempre
que dan en qualquiera parte
el mejor lugar al huesped.
Tar. Quando esa razon lo fuera,
aun no pudiera vencerme,
porque el primero lugar
solo se le debe al huesped.
Rey. Ya basta, y los dos ahora
en mis estrados se sienten:
hable el Portugues, que en fin
por de otra ley se le debe
mas honor. *Tar.* Corrido estoy.
Alf. Ahora yo seré breve:
Alfonso, de Portugal
Rey famoso, á quien celebre
la fama en lenguas de bronce,
á pesar de envidia y muerte,
salud te envia, y te ruega,
que pues libertad no quiere
Fernando, como su vida
la Ciudad de Ceuta cueste,
que reduzcas su valor
hoy á quantos intereses
el mas avaro codicie,
el mas liberal desprecie.
Y que dará en plata y oro
tanto precio como pueden
valer dos Ciudades; esto
te pide amigablemente:
pero si no se le entregas,
que ha de librarle promete
por armas, á cuyo efecto
ya sobre la espalda leve

del mar ciudades fabríca
de mil armados baxeles:
y jura que á sangre y fuego
ha de librarle y vencerte;
dexando aquesta campaña
llena de sangre, de suerte,
que quando el sol se levante,
halle los matices verdes
esmeraldas, y los pierda
rubies, quando se acueste.

Tar. Aunque como Embaxador
no me toca responderte,
en quanto toca á mi Rey,
puedo, Christiano, atreverme,
porque ya es suyo este agravio,
como hijo que obedece
al Rey, mi señor; y asi
decir de su parte puedes
á Don Alfonso, que venga,
porque en termino mas breve
que hay de la noche á la aurora
vea en purpura calienta
agonizar estos campos:
tanto, que los cielos piensen,
que se olvidaron de hacer
otras flores, que claveles.

Alf. Si fueras, Moro, mi igual,
pudiera ser que se viese
reducida esta victoria
á dos jovenes valientes:
mas dile á tu Rey, que salga,
si ganar fama pretende,
que yo haré que salga el mio.

Tar. Casi has dicho que lo eres,
y siendo asi, Tarudante
sabrá tambien responderte.

Alf. Pues en campaña te espero.

Tar. Yo haré que poco me esperes,
porque soy rayo. *Alf.* Yo viento.

Tar. Volcan soy, que llamas vierte.

Alf. Hidra soy, que fuego arroja.

Tar. Yo soy furia.

Alf. Yo soy muerte.

Tar. Qué no te espantes de oirme?

Alf. Qué no tè mueras de verme?

Rey. Señores, vuestras Altezas,
ya que los enojos pueden
correr al sol las cortinas
que le embozan y obscurecen,
adviertan que en tierra mia
campo aplazarse no puede
sin mi; y asi, yo le niego,
para que tiempo me quede
de serviros. *Alf.* No recibo
yo hospedages, ni mercedes
de quien recibo pesares,
por Fernando vengo, el verle
me obligó á llegar á Fez
disfrazado desta suerte:
antes de entrar en tu corte,
supe que á esta quinta alegre
asistias; y asi vine
á hablarte, porque fin diese
la esperanza que me traxo;
y pues tan mal me sucede,
advierte, señor, que solo
la respuesta me detiene.

Rey. La respuesta, Rey Alfonso,
será compendiosa y breve,
que sino me das á Ceuta,
no hayas miedo que le lleves.

Alf. Pues ya he venido por el,
y he de llevarle, prevente
para la guerra que aplazo:
Embaxador, ó quien eres,
veamonos en la campaña:
hoy toda el Africa tiemble. *Vase.*

Tar. Ya que no pude lograr
la fineza, hermosa Fenix,
de serviros como esclavo,
logre, al menos, la de verme
á vuestros pies, dad la mano
á quien un alma os ofrece.

Fen. Vuestra Alteza, gran señor,
finezas y honras no aumente
á quien le estima, pues sabe
lo que á sí mismo se debe.

Mul. Qué espera quien esto llega
á ver, y no se da muerte?

Rey. Ya que vuestra Alteza vino
á Fez impensadamente,
perdone del hospedage
la cortedad. *Tar.* No consiente
mi ausencia mas dilacion,
que la de un plazo muy breve;
y supuesto que venia
mi Embaxador con poderes
para llevar á mi esposa,
como tu dispuesto tienes,
no por haberlo yo sido,

mi fineza desmerece
la brevedad de la dicha.
Rey. En todo, señor, me vences,
y asi por pagar la deuda,
como porque se previenen
tantas guerras, es razon
que desocupado quede
destos cuidados, y asi
volverte luego conviene,
antes que ocupen el paso
las amenazadas huestes
de Portugal. *Tar.* Poco importa,
porque yo vengo con gente,
y exercito numeroso,
tal, que esos campos parecen
mas ciudades, que desiertos,
y volveré brevemente
con ella á ser tu soldado.
Rey. Pues luego es bien que se apreste
la jornada; pero en Fez
será bien, Fenix, que entres
á alegrar esa Ciudad:
Muley? *Mul.* Gran señor?
Rey. Prevente,
que con la gente de guerra
has de ir sirviendo á Fenix,
hasta que quede segura,
y con su esposo la dexes. *Vase.*
Mul. Esto solo me faltaba,
para que estando yo ausente,
aun le falte mi socorro
á Fernando, y no le quede
esta pequeña esperanza. *Vanse.*
Sacan Don Juan y otros cautivos al Infante Don Fernando, y le sientan en una estera.
Fern. Ponedme en aquesta parte,
para que goce mejor
la luz que el cielo reparte:
O inmenso, ó dulce señor,
qué de gracias debo darte!
Quando como yo se via
Job, el dia maldecia,
mas era por el pecado
en que habia sido engendrado;
pero yo bendigo el dia,
por la gracia que nos da
Dios en él: pues claro está,
que cada hermoso arrebol,
y cada rayo del sol,
lengua de fuego será,
con que le alabo y bendigo.
Brit. Estás bien, señor, asi?
Fern. Mejor que merezco, amigo:
qué de piedades aqui,
ó señor, usais conmigo!
quando acaban de sacarme
de un calabozo, me dais
un sol para calentarme;
liberal, señor, estais.
Caut. 1. Sabe el cielo si quedarme,
y acompañaros quisiera,
mas ya veis que nos espera
el trabajo. *Fern.* Hijos, á Dios.
Caut. 2. Qué pesar!
Caut. 3. Qué ansia tan fiera! *Vanse.*
Fern. Quedais conmigo los dos?
Juan. Yo tambien te he de dexar.
Fern. Qué haré yo sin tu favor?
Juan. Presto volveré, señor,
que solo voy á buscar
algo que comas, porque
despues que Muley se fue
de Fez, nos falta en el suelo
todo el humano consuelo;
pero con todo eso iré
á procurarle: si bien,
imposibles solicito,
porque ya quantos me ven,
por no ir contra el edicto,
que manda que no te den
ni agua tampoco, ni á mi
nada me venden, señor,
por ver que te asisto á ti,
que á tanto llega el rigor
de la suerte; pero aqui
gente viene. *Fern.* O si pudiera
mi voz mover á piedad
á alguno, porque siquiera
un instante mas viviera
padeciendo.
Salen el Rey, Tarudante, Fenix y Celin.
Cel. Gran señor,
por una calle has venido,
que es fuerza que visto seas
del Infante, y advertido.
Rey. Acompañarte he querido,
porque mi grandeza veas.
Tar. Siempre mis honras deseas.
Fern. Dadle de limosna hoy

á este pobre algun sustento,
mirad que hombre humano soy,
y que afligido y hambriento,
muriendo de hambre estoy:
hombres, doleos de mi,
que una fiera de otra fiera
se compadece. *Brit.* Ya aqui
no hay pedir de esa manera.
Fern. Cómo he de decir? *Brit.* Asi.
Moros, tened compasion,
y algo que este pobre coma
le dad en esta ocasion,
por el santo zancarron
del gran Profeta Mahoma.
Rey. Que tenga fe en este estado
tan misero y desdichado,
mas me ofende, mas me infama.
Maestre? Infante? *Brit.* El Rey llama.
Fern. A mi? Brito, haste engañado,
ni Infante, ni Maestre soy,
el cadaver suyo, sí:
y pues ya en la tierra estoy,
aunque Infante y Maestre fui,
no es ese mi nombre hoy.
Rey. Pues no eres Maestre, ni Infante,
respondeme por Fernando.
Fern. Ahora, aunque me levante
de la tierra, iré arrastrando
á besar tu pie. *Rey.* Constante
te muestras á mi pesar,
es humildad ó valor
esta obediencia? *Fern.* Es mostrar
quanto debe respetar
el esclavo á su señor:
y pues que tu esclavo soy,
y estoy en presencia tuya
esta vez, tengo de hablarte,
mi Rey y señor, escucha.
Rey te llamé, y aunque seas
de otra ley, es tan augusta
de los Reyes la deidad,
tan fuerte y tan absoluta,
que engendra animo piadoso;
y asi es forzoso que acudas
á la sangre generosa
con piedad y con cordura,
que aun entre brutos y fieras
este nombre es de tan suma
autoridad, que la ley
de naturaleza ajusta
obediencias; y asi leemos
en republicas incultas
al leon rey de las fieras,
que quando la frente arruga,
de guedejas se corona,
es piadoso, pues que nunca
hizo presa en el rendido.
En las saladas espumas
del mar el delfin, que es rey
de los peces, le dibuxan
escamas de plata y oro
sobre la espalda cerulea
corona, y ya se vió
de una tormenta importuna
sacar los hombres á tierra,
porque el mar no los consuma.
El aguila caudalosa,
á quien copete de plumas
riza el viento en sus esferas,
de quantas aves saludan
al sol, es emperatriz,
y con piedad noble y justa,
porque brindado no beba
el hombre entre plata pura
la muerte, que en los cristales
mezcló la ponzoña dura
del aspid, con pico y alas
los revuelve y los enturbia.
Aun entre plantas y piedras
se dilata y se dibuxa
este imperio: la granada,
á quien coronan las puntas
de una corteza, en señal
de que es reyna de las frutas,
envenenada marchita
los rubies que la ilustran,
y los convierte en topacios,
color desmayada y mustia.
El diamante, á cuya vista,
ni aun el iman executa
su propiedad, que por rey
esta obediencia le jura,
tan noble es, que la traycion
del dueño no disimula,
y la dureza, imposible
de que buriles la pulan,
se deshace entre si misma,
vuelta en cenizas menudas:
Pues si entre fieras y peces,
plantas, piedras y aves usa

esta

esta magestad de Rey
de piedad, no será injusta
entre los hombres, señor:
porque el ser no te disculpa
de otra ley que la crueldad
en qualquiera ley es una.
No quiero compadecerte
con mis lastimas y angustias,
para que me des la vida,
que mi voz no la procura,
que bien sé que he de morir
desta enfermedad que turba
mis sentidos, que mis miembros
discurre helada y caduca:
bien sé que herido de muerte
estoy, porque no pronuncia
voz la lengua, cuyo aliento
no sea una espada aguda:
bien sé, al fin, que soy mortal,
y que no hay hora segura,
y por eso dió una forma
con una materia, en una
semejanza, la razon
al ataud, y á la cuna.
Accion nuestra es natural,
quando recibir procura
algo un hombre, alzar las manos
en esta manera juntas:
mas quando quiere arrojarlo,
de aquella misma accion usa,
pues las vuelvo boca abaxo,
porque asi las desocupa.
El mundo, quando nacemos,
en señal de que nos busca,
en la cuna nos recibe,
y en ella nos asegura
boca arriba, pero quando,
ó con desden, ó con furia
quiere arrojarnos de sí,
vuelve las manos que junta,
y aquel instrumento mismo
forma esta materia muda,
pues fue cuna boca arriba,
lo que boca abaxo es tumba.
Tan cerca vivimos, pues,
de nuestra muerte, tan juntas
tenemos, quando nacemos,
el lecho como la cuna:
qué aguarda quien esto oye?
quien esto sabe, qué busca?
claro está, que no será
la vida no admite duda;
la muerte si, esta te pido,
porque los cielos me cumplan
un deseo de morir
por la fe: que aunque presumas,
que esto es desesperacion,
porque el vivir me disgusta,
no es sino afecto de dar
la vida en defensa justa
de la fe, y sacrificar
á Dios vida y alma juntas:
y asi, aunque pide la muerte,
el afecto me disculpa;
y si la piedad no puede
vencerte, el rigor presuma
obligarte: eres leon?
pues ya será bien que rujas,
y despedaces á quien
te ofende, agravia é injuria:
eres aguila? pues hiere
con el pico, y con las uñas
á quien tu nido deshace:
eres delfin? pues anuncia
tormentas al marinero,
que el mar deste mundo surca:
eres arbol real? pues muestra
todas las ramas desnudas
á la violencia del tiempo,
que iras de Dios executa:
eres diamante? hecho polvos,
sé pues, venenosa furia,
y cansate, porque yo
aunque mas tormentos sufra,
aunque mas rigores vea,
aunque llore mas angustias,
aunque mas miserias pase,
aunque halle mas desventuras,
aunque mas hambre padezca,
aunque mis carnes no cubran
estas ropas, y aunque sea
mi esfera esta estancia sucia,
firme he de estar en mi fe,
porque es el sol que me alumbra,
porque es la luz que me guia,
es el laurel que me ilustra.
No has de triunfar de la Iglesia,
de mi, si quisieras, triunfa,
Dios defenderá mi causa,
pues yo defiendo la suya.

Rey.

Rey. Posible es, que en tales penas
blasones, y te consueles,
siendo propias? qué condenas
no me duelan, siendo agenas,
si tu de ti no te dueles?
Qué pues tu muerte causó
tu misma mano, y yo no,
no esperes piedad de mi,
tén tu lastima de ti,
Fernando, y tendréla yo. *Vase.*
Fern. Señor, vuestra Magestad
me valga.
Tar. Qué desventura! *Vase.*
Fern. Si es alma de la hermosura
esa divina deidad,
vos, señora, me amparad
con el Rey. *Fern.* Qué gran dolor!
Fern. Aun no me mirais?
Fen. Qué horror!
Fern. Haceis bien, que vuestros ojos
no son para ver enojos.
Fen. Qué lastima! qué pavor!
Fern. Pues aunque no me mireis,
y ausentaros intenteis,
señora, es bien que sepais,
que aunque tan bella os juzgais,
que mas que yo no valeis,
y yo quizá valgo mas.
Fen. Horror con tu voz me das,
y con tu aliento me hieres;
dexame hombre, qué me quieres?
que no puedo sentir mas. *Vase.*
Sale Don Juan con un pan.
Juan. Por alcanzar este pan
que traerte, me han seguido
los moros, y me han herido
con los palos que me dan.
Fern. Esa es la herencia de Adan.
Juan. Tomale. *Fern.* Amigo leal,
tarde llegas, que mi mal
es ya mortal. *Juan.* Deme el cielo
en tantas penas consuelo.
Fern. Pero que mal no es mortal,
si mortal el hombre es?
y en este confuso abismo,
la enfermedad de sí mismo
le viene á matar despues:
hombre mira que no estés
descuidado la verdad
sigue, que hay eternidad;
y otra enfermedad no esperes
que te avise, pues tu eres
tu mayor enfermedad.
Pisando la tierra dura
de continuo el hombre está,
y cada paso que da
es sobre su sepultura:
triste ley, sentencia dura
es saber en qualquier caso,
cada paso (gran fracaso?)
es para andar adelante,
y Dios no es á hacer bastante,
que no haya dado aquel paso.
Amigos, mi fin llegó,
llevadme de aqui en los brazos.
Juan. Serán los ultimos lazos
de mi vida. *Fern.* Lo que os ruego,
noble Don Juan, es, que luego
que espire, me desnudeis,
en la mazmorra hallareis
de mi Religion el manto,
que le traxe tiempo tanto,
con este me enterrareis
descubierto, si el Rey fiero
ablanda la saña dura,
dandome la sepultura,
y señaladla, que espero,
que aunque hoy cautivo muero,
rescatado he de gozar
el sufragio del altar;
que pues yo os he dado á vos
tantas Iglesias, mi Dios,
alguna me habeis de dar.
Llevanle en brazos, y sale Don Alfonso y soldados con arcabuces.
Alf. Dexad á la inconstante
playa azul esa maquina arrogante
de naves, que causando al cielo asombros,
el mar sustenta en sus nevados hombros;
y en esos horizontes
aborten gente los preñados montes
del mar, siendo con maquinas de fuego,
cada baxel un edificio griego.
Sale Don Enrique.
Enr. Señor, tu no quisiste que saliera
nuestra gente de Fez en la ribera,
y este puesto escogiste
para desembarcar, infeliz fuiste,
porque por una parte

mar-

marchando viene el numeroso Marte,
cuyo exercito al viento desvanece,
y los collados de los montes crece:
Tarudante conduce gente tanta,
llevando á su muger, feliz Infanta
de Fez, hácia Marruecos;
mas respondan las lenguas de los ecos.
Alf. Enrique, á eso he venido,
á esperarle á este paso, que no ha sido
esta eleccion acaso, prevenida
estaba, y la razon está entendida;
si yo á desembarcar á Fez llegára,
esta gente, y la suya en ella hallára;
y estando divididos,
hoy con menos poder estan vencidos,
y antes que se prevengan,
toca al arma.
Enr. Señor, advierte y mira
que es sin tiempo esta guerra.
Alf. Ya mi ira
ningun consejo alcanza,
no se dilate un punto esta venganza,
entre en mi brazo fuerte
por Africa el azote de la muerte.
Enr. Mira que ya la noche,
envuelta en sombras, el luciente coche
del sol esconde entre las sombras puras.
Alf. Pelearemos á obscuras,
que la fe que me aníma,
ni el tiempo, ni el poder la desaníma:
Fernando, si el martirio que padeces,
pues es suya la causa, á Dios le ofreces,
cierta está la victoria,
mio será el honor, mia la gloria.
Enr. Tu orgullo altivo yerra.
Fernando dentro.
Fer. Embiste, gran Alfonso, guerra, guerra.
Alf. Oyes confusas voces *Clarin.*
romper los vientos tristes y veloces?
Enr. Sí, y en ellos se oyeron
trompetas, que á embestir señal hicieron.
Alf. Pues á embestir, Enrique, que no hay duda
que el cielo ha de ayudarnos hoy.
Fern. dent. Sí ayuda,
Sale con manto capitular, y una luz.
porque obligando al cielo,
que vió tu fe, tu religion, tu zelo,
hoy tu causa defiende,
librarme á mi de esclavitud pretende,
porque por raro exemplo,
por tantos templos, Dios me ofrece un templo,
y con esta luciente
antorcha, desasida del oriente,
tu exercito arrogante
alumbrando he de ir siempre delante,
para que hoy en trofeos
iguales, grande Alfonso, á tus deseos,
llegues á Fez, no á coronarte ahora,
sino á librar mi ocaso en el aurora. *Vase.*
Enr. Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.
Alf. Yo no, todo lo creo,
y si es de Dios la gloria,
no digas guerra ya, sino victoria.
Vanse, y salen el Rey y Celin, y en lo alto estará Don Juan, y un cautivo, y un ataud en que parezca estar el Infante.
Juan. Barbaro, gozate aqui
de que tirano quitaste
la mejor vida. *Rey.* Quien eres?
Juan. Un hombre, que aunque me maten,
no he de dexar á Fernando;
y aunque de congoja rabie,
he de ser perro leal,
que en muerte he de acompañarle.
Rey. Christianos, ese es padron,
que á las futuras edades
informe de mi justicia,
que rigor no ha de llamarse
venganza de agravios hechos
contra personas Reales.
Venga Alfonso ahora, venga
con arrogancia á sacarle
de esclavitud, que aunque yo
perdí esperanzas tan grandes,
de que Ceuta fuese mia,
porque las pierde arrogante
de su libertad, me huelgo
de verle en estrecha carcel;
aun muerto no ha de estar libre
de mis rigores notables:
y asi, puesto á la verguenza
quiero que esté á quantos pasen.
Juan. Presto verás tu castigo,
que por campañas y mares
ya descubro desde aqui
mis christianos estandartes.
Rey. Subamos á la muralla

á saber sus novedades. *Vanse.*

Juan. Arrastrando las banderas,
y destemplados los parches,
muertas las cuerdas y luces,
todas son tristes señales.

Tocan caxas destempladas, y sale Don Fernando delante con una hacha encendida, y detras Don Alfonso y Enrique, y todos los soldados, que traen presos á Tarudante, Fenix y Muley.

Fern. En el horror de la noche,
por sendas que nadie sabe
te guié, ya con el sol
pardas nubes se deshacen.
Victorioso, gran Alfonso,
á Fez conmigo llegaste,
este es el muro de Fez,
trata en él de mi rescate. *Vase.*

Alf. Ha de los muros? decid
al Rey, que salga á escucharme.

Salen el Rey, y Celin al muro.

Rey. Qué quieres, valiente joven?

Alf. Que me entregues al Infante,
al Maestre Don Fernando,
y te daré por rescate
á Tarudante, y á Fenix,
que presos estan delante:
escoge lo que quisieres,
morir Fenix, ó entregarle.

Rey. Qué he de hacer, Celin amigo,
en confusiones tan grandes?
Fernando es muerto, y mi hija
está en su poder, mudable
condicion de la fortuna,
que á tal estado me trae.

Fen. Qué es esto, señor? Pues viendo
mi persona en este trance,
mi vida en este peligro,
mi honor en este combate,
dudas que has de responder?
Un minuto, ni un instante
de dilacion te permite
el deseo de librarme?
En tu mano está mi vida,
y consientes (pena grave!)
que la mia (dolor fiero!)
injustas prisiones aten?
De tu voz está pendiente
mi vida (rigor notable!)
y permites que la mia
turbe la esfera del ayre?
A tus ojos ves mi pecho
rendido á un desnudo alfange,
y consientes que los mios
tiernas lagrimas derramen?
Siendo Rey, has sido fiera;
siendo padre, fuiste aspid;
siendo juez, eres verdugo;
ni eres rey, ni juez, ni padre.

Rey. Fenix, no es la dilacion
de la respuesta negarte
la vida, quando los cielos
quieren que la mia acabe:
y puesto que ya es forzoso,
que una, ni otra se dilate,
sabe, Alfonso, que á la hora
que Fenix salió ayer tarde,
con el sol llegó al ocaso,
sepultandose en dos mares
de la muerte, y de la espuma
juntos el sol, y el Infante:
esta caxa humilde y breve
es de su cuerpo el engaste,
da la muerte á Fenix bella,
venga tu sangre en mi sangre.

Fen. Ay de mi! ya mi esperanza
de todo punto se acabe.

Rey. Ya no me queda remedio
para vivir un instante.

Enr. Valgame el cielo! qué escucho!
qué tarde, cielos, que tarde
le llegó la libertad!

Alf. No digas tal, que si antes
Fernando en sombras nos dixo,
que de esclavitud le saque,
por su cadaver lo dixo,
porque goce su cadaver
por muchos templos un templo,
y á él se ha de hacer el rescate:
Rey de Fez, porque no pienses
que muerto Fernando vale
menos, que aquesta hermosura,
por él, quando muerto yace,
te la trueco; envia, pues,
la nieve por los cristales,
el enero por los mayos,
las rosas por los diamantes;
y al fin, un muerto infelice,
por una divina imagen.

Rey.

Rey. Qué dices, invicto Alfonso?
Alf. Que esos cautivos le baxen.
Fen. Precio soy de un hombre muerto,
cumplió el cielo su homenage.
Rey. Por el muro descolgad
el ataud, y entregadle,
que para hacer las entregas,
á sus pies voy á arrojarme. *Vase.*
Baxan el ataud con cuerdas por el muro.
Alf. En mis brazos os recibo,
divino Principe Martir.
Enr. Yo, hermano, aqui te respeto.
Salen el Rey, Don Juan y Cautivos.
Juan. Dame, invicto Alfonso, dame
la mano.
Alf. Don Juan, amigo,
buena cuenta del Infante
me habeis dado.
Juan. Hasta su muerte
le acompañé, hasta mirarle
libre, vivo y muerto, estuve
con él, mirad donde yace.
Alf. Dadme, tio, vuestra mano,
que aunque necio é ignorante
á sacaros del peligro
vine, gran señor, tan tarde;
en la muerte, que es mayor,
se muestran las amistades:
en un templo soberano
haré deposito grave
de vuestro dichoso cuerpo.
A Fenix, y á Tarudante
te entrego, Rey, y te pido,
que aqui con Muley la cases,
por la amistad que yo sé
que tuvo con el Infante.
Ahora llegad, cautivos,
vuestro Infante ved, llevadle
en hombros hasta la armada.
Rey. Todos es bien le acompañen.
Alf. Al són de dulces trompetas,
y templadas caxas, marche
el exercito con orden
de entierro, para que acabe,
pidiendo perdon humilde
aqui de sus yerros grandes,
el Lusitano Fernando,
Principe en la fe constante.

FIN.

Con licencia. Barcelona: Por Francisco Suriá y Burgada, Impresor.

A costas de la Compañia.